



Richard
Powers

DESCONCIERTO

Traducido del inglés por Teresa Lanero

AdN

Alianza de Novelas

Título original: *Bewilderment*

Esta edición ha sido publicada por acuerdo con
Melanie Jackson Agency, LLC.

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Copyright © 2021 by Richard Powers

© de la traducción: Teresa Lanero Ladrón de
Guevara, 2022

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2022

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-1362-682-6

Depósito legal: M. 244-2022

Printed in Spain

Aquellos que contemplan la belleza de la tierra encuentran reservas
de fuerza que durarán hasta que la vida termine.

RACHEL CARSON, *El sentido del asombro*

Por lo menos diremos precisados
que el cielo, tierra, mar, el sol y luna,
y todo cuanto existe no son cuerpos
e individuos únicos aislados;
antes llegan a ser innumerables.
LUCRECIO, *De la naturaleza de las cosas*

¿Pero puede que nunca los encontremos? Habíamos montado el telescopio en el porche descubierto durante aquella noche despejada de otoño, a orillas de uno de los últimos retazos de oscuridad del este de Estados Unidos. Era difícil encontrar semejante oscuridad y, cuando se concentraba de esa manera, el cielo se iluminaba. Apuntamos con el tubo hacia un hueco entre los árboles, por encima de la cabaña que habíamos alquilado. Robin apartó el ojo del ocular. Mi hijo, con sus nueve años recién cumplidos, triste, singular, en guerra con este mundo.

—Eso es —dije—. Puede que nunca los encontremos.

Intentaba decirle la verdad en cualquier circunstancia, siempre que yo la supiera y que no resultara letal. De todos modos, cuando mentía, él se daba cuenta.

Pero están por todas partes, ¿no? Lo habéis demostrado.

—Bueno, «demostrado» no exactamente.

A lo mejor están muy lejos, hay demasiado espacio vacío o algo parecido.

Trazó grandes círculos con los brazos como siempre que las palabras lo desafiaban. Se acercaba la hora de acostarse; eso tampoco ayudaba. Le puse la mano en la pelambreira rojiza y alborotada. Aquel color..., el color de Aly.

—¿Y sabes qué pasaría si nunca los oyéramos decir ni mu? ¿Qué significaría eso?

Levantó la mano. Alyssa siempre decía que, cuando se concentraba, se le oían los engranajes. Entornó los ojos para mirar por la lóbrega garganta de árboles. Con la otra mano se rascó el hoyuelo de la barbilla, una costumbre a la que recurría cuando reflexionaba. Se frotó con tanto vigor que tuve que pararlo.

—Robbie. ¡Oye! Hora de aterrizar.

Extendió la mano para tranquilizarme. Estaba bien. Solo quería pensar bien la pregunta, a oscuras, mientras pudiera.

¿Si nunca oyéramos nada? ¿Nunca jamás, quieres decir?

Asentí para alentar a mi científico: no hay prisa. La observación astronómica había concluido. Habíamos disfrutado de una noche despejadísima en un lugar famoso por la lluvia. Una luna del cazador se cernía oronda y roja sobre el horizonte. Por entre el círculo de árboles, tan afilada que parecía al alcance de la mano, se derramaba la Vía Láctea: incontables sedimentos moteados sobre un lecho negro. Si te quedabas quieto, casi veías las estrellas girar.

Nada definitivo. Eso pasaría.

Me eché a reír. Siempre me hacía reír al menos una vez al día, durante un rato además. Esa rebeldía. Ese escepticismo radical. Era tan yo. Tan ella.

—No —asentí—. No pasaría nada definitivo.

Entonces, si oyéramos «mu», ¿significaría un montón de cosas!

—Exacto.

Ya habría tiempo otra noche para explicar qué cosas. De momento, era hora de acostarse. Acercó el ojo al cañón del telescopio para echarle el último vistazo al núcleo resplandeciente de la galaxia de Andrómeda.

¿Podemos dormir fuera hoy, papá?

Yo había decidido que no asistiera al colegio durante una semana para llevarlo al bosque. Había tenido más problemas

con sus compañeros de clase y ambos necesitábamos un descanso. No me parecía bien haber llegado hasta las Smoky para no dejarle dormir fuera una noche.

Entramos en la cabaña y preparamos nuestra expedición. La planta de abajo era una gran sala revestida de madera que olía a pino pulverizado con beicon. La cocina hedía a trapos húmedos y a yeso: los aromas del bosque templado lluvioso. Notas adhesivas pegadas en los armarios: «FILTROS DE CAFÉ ENCIMA DE LA NEVERA», «USEN LOS OTROS PLATOS, POR FAVOR». Un cuaderno verde de instrucciones abierto sobre la maltrecha mesa de roble con indicaciones sobre la fontanería, la ubicación de la caja de fusibles y los teléfonos de emergencia. Todos los interruptores de la casa estaban etiquetados: «TECHO», «ESCALERAS», «ENTRADA», «COCINA».

Las ventanas, hasta arriba, miraban hacia lo que, a la mañana siguiente, sería una extensión ondulada de montañas y más montañas. Un par de sofás rústicos llenos de pelotillas, decorados con un despliegue de alces, canoas y osos, flanqueaban la chimenea de piedra. Usurpamos los cojines, nos los llevamos fuera y los colocamos en el porche.

¿Podemos traer algo de picar?

—No me parece muy buena idea, colega. *Ursus americanus*. Dos ejemplares por milla cuadrada, capaces de oler unos cacahuets desde aquí hasta Carolina del Norte.

¡Entonces, ni pensarlo! Levantó un dedo. *¡Pero eso me ha recordado algo!*

Eché a correr hacia la casa y volví con un libro de bolsillo: *Mamíferos de las Smoky*.

—¿En serio, Robbie? Está oscuro como la boca del lobo.

Levantó una linterna de emergencia, de esas que se cargan con una manivela. Por la mañana, al llegar, se había quedado fascinado con el artilugio y me había pedido explicaciones

acerca de su funcionamiento mágico. Ahora no podía parar de generar sus propios electrones.

Nos acomodamos en nuestro campamento base improvisado. Parecía feliz, que era el único objetivo de aquel viaje especial. Tumbados en nuestros camastros sobre los listones del porche desnivelado, recitamos en voz alta la vieja oración laica de su madre y nos quedamos dormidos bajo los cuatrocientos mil millones de estrellas de nuestra galaxia.

Nunca creí en los diagnósticos que los médicos le dieron a mi hijo. Cuando un trastorno recibe tres nombres diferentes a lo largo de las décadas, cuando hacen falta dos subcategorías para abarcar síntomas completamente contradictorios, cuando, al cabo de una generación, de inexistente pasa a ser el trastorno infantil más diagnosticado en todo el país, cuando dos médicos diferentes quieren prescribir tres medicaciones distintas, ahí falla algo.

Mi Robin no siempre dormía bien. Mojaba la cama varias veces por temporada y eso lo avergonzaba sobremanera. Los ruidos lo perturbaban; le gustaba bajarle el sonido al televisor, tanto que yo dejaba de oírlo. Odiaba que el mono de trapo no estuviera colgado en el lavadero, en su sitio encima de la lavadora. Se gastaba toda la paga en cromos —«¡Colecciónalos todos!»—, pero los guardaba intactos en orden numérico dentro de las fundas de plástico de una carpeta especial.

Podía oler un pedo desde el otro extremo de una sala de cine llena de gente. Se pasaba horas concentrado en los minerales de Nevada y en los reyes y reinas de Inglaterra, cualquier cosa que apareciera en tablas. Dibujaba sin parar y lo hacía bien, insistiendo en pequeños detalles que a mí se me escapaban. Durante un año, máquinas y edificios complejos. Después, animales y plantas.

Sus declaraciones eran misterios disparatados para todos menos para mí. Citaba escenas completas de películas, aunque solo las hubiera visto una vez. Narraba recuerdos sin parar y se ponía contentísimo al repetir los detalles. Cuando terminaba un libro que le gustaba, lo recomenzaba de inmediato, desde la página uno. Se derrumbaba y explotaba por nada. Pero estallaba de alegría con la misma facilidad.

En las noches complicadas, cuando Robin se venía a mi cama, ocupaba el lado más alejado de los infinitos horrores que acechaban tras la ventana (su madre también quiso siempre el lado seguro). Soñaba despierto, tenía problemas con los plazos y, sí, se negaba a concentrarse en algo que no le interesase. Sin embargo, nunca estaba inquieto ni corría de un lado para otro ni hablaba sin cesar. Y podía quedarse inmóvil durante horas con las cosas que le gustaban. ¿Quién me explica en qué déficit encajaba todo eso? ¿Qué trastorno lo explicaba?

Las propuestas fueron numerosas, incluyendo síndromes relacionados con los millones de litros de toxinas con las que rociaban las reservas de alimentos del país. Su segundo pediatra se empeñó en colocar a Robin «en el espectro». Me dieron ganas de decirle que todos los seres vivos de este planeta pequeño y fortuito estaban en el espectro. En eso consiste, precisamente, un espectro. Me dieron ganas de decirle que la vida por sí misma es un trastorno del espectro donde cada uno de nosotros vibramos en una frecuencia única en un arco-iris continuo. Luego me dieron ganas de pegarle. Supongo que para eso también hay un nombre.

Por raro que parezca, esa compulsión para diagnosticar a la gente carece de nombre en el SDM.

Cuando expulsaron a Robin del colegio durante dos días e hicieron partícipes a sus propios médicos, me sentí el último retrógrado reaccionario. ¿Qué hacía falta explicar? La ropa

sintética le provocaba un eccema tremendo. Sus compañeros lo acosaban porque no entendía los chismorreos malintencionados. Su madre murió aplastada cuando él tenía siete años. Su queridísimo perro murió desorientado varios meses después. ¿Qué otras razones necesitaban los médicos para un comportamiento alterado?

Al ver que la medicina le fallaba a mi hijo, desarrollé una teoría un tanto peregrina: la vida es algo que tenemos que dejar de corregir. Mi niño era un universo de bolsillo que yo jamás sondearía. Cada uno de nosotros somos un experimento y ni siquiera sabemos qué pretende demostrar.

Mi mujer habría sabido cómo hablar con los médicos. *Nadie es perfecto*, le gustaba decir a ella. *Pero, tío, cuánta belleza hay en nuestros fallos.*